



AÑO I

← BARCELONA 13 DE AGOSTO DE 1882 →

NUM. 33



EN EL BOSQUE, cuadro de Federico Aug. Kaulbach

SUMARIO

LA SEMANA EN EL CARTEL, por J. R. R.—NUESTROS GRABADOS.—EL MARTIRIO DE LA GLORIA (*Novela de telon adentro*), por D. Enrique Perez Escrich.—COSTUMBRES DEL SIGLO XVII (*La Guardia amarilla*), por Julio Monreal.—NOTICIAS GEOGRAFICAS.—NOTICIAS VARIAS.—CRÓNICA CIENTÍFICA, *La inmortalidad del sol* (1), por D. José Echegaray.

GRABADOS.—EN EL BOSQUE, cuadro de Federico Aug. Kaulbach.—UN BESO O NO SE PASA! cuadro de Meyer.—ESOPO, copia de un cuadro de Velazquez.—FRAY FANFULLA, busto en mármol de R. Angeletti.—LA ESTEPA, cuadro de T. Flesch.—Lámina suelta.—EL MENDIGO, por Bastien-Lepage.

LA SEMANA EN EL CARTEL

De día en día muéstrase el público que asiste á los teatros más exigente en punto al deslumbrante aparato escénico de las obras y á las complicaciones de la maquinaria ó de la tramoya, para decirlo en buen castellano. Avívase la imaginación de empresarios y directores al par que se vicia y estraga el gusto del público cada vez más inclinado al goce de los sentidos y por ende más ajeno é indiferente á las sensaciones del espíritu. Lóndres, que en este particular marcha á la cabeza de todas las ciudades, sin excluir á París, acaba de adoptar una innovación que caracteriza las tendencias del teatro moderno. En efecto: la dirección de uno de los primeros teatros de aquella capital acaba de ser confiada á todo un señor ingeniero, quien desde ahora viene obligado á hacer milagros ó poco ménos para montar la obra de gran aparato, que, insinuando la anual costumbre, debe ponerse durante las fiestas de Navidad de este año.

¿Qué significa esta tendencia? ¿El tributo que todas las artes y hasta la ciencia del ingeniero prestan á la escena, implica un adelanto ó bien un retroceso? Tal vez sea ántes lo último que lo primero. Cualidad privativa de todas las decadencias es esta inclinación creciente al goce sensual, pues no es la primera vez que en el mundo se manifiesta.

Horacio, el inmortal poeta latino, allá en sus buenos tiempos, lamentábase ya de la decadencia del teatro y de la depravación del gusto diciendo que solicitaba el pueblo grandes espectáculos, como simulacros de infantería y caballería y pomposas procesiones. Ciceron se dolía también de esos signos de mal gusto, hablando entre otros casos de algunos centenares de mulos que por disposición del director y sin conocimiento del poeta, desfilaron por la escena en una representación de la *Clytemnestra* de Accio. Y lo mismo acontecía entre los griegos. Un escritor de la época refiere un caso digno de ser conocido. En la hoy desventurada ciudad de Alejandría representábase el *Orestes* de Eurípides, en cuya obra, como es sabido, Electro, al recitar el prólogo, relata la entrada de Elena en su palacio al regresar de Troya. Pues bien, en la citada representación y ántes del prólogo, desplegábase en pomposa escena muda, cuanto en el prólogo se indica, representando la triunfal entrada de Elena acompañada de los pintorescos despojos de la ciudad vencida.

Hemos de confesar, en honor de los griegos, que no siempre en nuestros tiempos se justifica tan escrupulosamente la razón de ser de los desfiles y procesiones escénicas, en las cuales suele atenderse tan sólo al efecto que producen.

Este prólogo ó cosa así, hijo de la falta de asuntos de actualidad, llévame como de la mano á decir siquiera dos palabras de la obra *Madrid se divierte*, estrenada en el *Circo de Rivas* de la corte, con extraordinario aplauso. Tres decoraciones que representan la calle de Alcalá, frente al ministerio de la Guerra, la Bolsa y el Circo Hipódromo; un baile de hombres políticos; la caricatura del empresario Sr. Ducazcal, chistes á granel, frecuentes alusiones políticas y de actualidad, varios trozos de música juguetera, acreditaron la verdad del título: en efecto, *Madrid se divierte*.

Nuevos estrenos: en *Recoletos* un disparate (así le llama el autor y es verdad) titulado *Odio de raza*, y en el *Buen Retiro* la zarzuelita *El capitán de lanceros*, arreglo de una vieja comedia.

Y á propósito de arreglos, no deja de ser curioso el que se propone hacer Eusebio Blasco, de la más notable novela de Perico Alarcon, *El sombrero de tres picos*. En verdad que es de desear que tenga esta obra en la escena la misma buena fortuna que ha alcanzado en el libro. Alarcon ha dado á Blasco plenas facultades para hacer aquí lo que en París es tan frecuente, convertir una novela en drama.

Una buena noticia: el primer premio de piano en el concurso del Conservatorio de París lo ha alcanzado el joven español D. Genaro Vallejo. Nos damos la enhorabuena.

La crónica italiana registra escasas novedades: el feliz estreno de un pequeño drama de Salvetti, *Graziella*, puesto en escena en Milan, y el no ménos lisonjero en el *Costanzi* de Roma de un drama en cinco actos de Curzio Antonelli, intitulado *Ottone III*, versificado con singular gallardía y concienzudamente adaptado á las exigencias históricas.

Uno de estos días la ciudad de Catania celebrará la inauguración de un monumento erigido á la memoria de uno de sus hijos más egregios, el inmortal autor de *Norma* y la *Sonámbula*, el famoso Bellini.

En *Kroll Theater* de Berlin se ha puesto con éxito extraordinario la gran ópera *Diana de Solangis*, original

del duque Ernesto de Sajonia Coburgo Gotha. Compuesta esta producción en 1857 y estrenada al año siguiente en el *Teatro de la Corte* de Gotha, ha dado la vuelta por Alemania, lo propio que las anteriores producciones del mismo autor, *Casilda* y *Santa Clara*. Sólo le faltaba á la presente la sanción del público de Berlin, y esta no puede ser más franca y satisfactoria. El duque de Sajonia puede envanecerse con ser, al par que una eminencia aristocrática, una lumbrera del arte, cuyos títulos no se adquieren en la cuna, sino que han de ganarse con el talento.

La culta ciudad de Bruselas prepara la celebración de un gran festival para los días 20 y 21 del corriente agosto; diez días despues celebrará Birmingham el que cada tres años dedica al sostenimiento de uno de sus primeros establecimientos de beneficencia, ofreciendo el de ahora un atractivo de primer orden: tal es el estreno del oratorio *Redención*, letra y música de Gounod, cuyo aventajado maestro llevará la batuta. Inútil decir que de estas verdaderas solemnidades hemos de ocuparnos oportunamente.

La ópera inglesa del maestro Salomon, titulada *The vicar of Bray*, acaba de sufrir un sensible descalabro en el *Teatro del Globo*. Desde que Rossini hizo cantar á D. Basilio el aria de la Calumnia, es muy difícil, si no imposible, poner un cura en escena, sobre todo por un autor raras veces original, y que cuando no lo es, no demuestra el mejor gusto al escoger y zurcir los retazos de los demás autores.

Los periódicos ingleses desquitanse de este fiasco nacional que demuestra que para un inglés es más difícil escribir una buena ópera que bombardear á Alejandría, hablando con gran elogio de una partitura que Arturo Sullivan, el maestro de moda, ha concluido para el *Teatro Standard* de Nueva York.

Depárele el cielo mejor fortuna que á Salomon.

Bertrande de Monfort titúlase un drama en cinco actos, estrenado uno de estos días en el *Ambigu* de París, primera obra de un magistrado, que á sus cincuenta años bien cumplidos ha tenido el raro antojo de pisar la escena. La obra es mala, detestable y ni siquiera fué silbada: aún se mostró más cruel el público: *la hostezó*.

En la *Comedia francesa* se ha resucitado *Le Chandelier* de Alfredo de Musset, producción que aparte su indiscutible mérito literario, encaja muy mal con el gusto predominante en los actuales tiempos.

Decididamente Sarah Bernhardt, despues de llenar sus compromisos con el *Teatro del Vaudeville*, trabajará en el de las *Naciones*, que ha tomado por su cuenta, asociándose al inteligente empresario de Lóndres M. Mayer. La infatigable actriz se ha tomado unos días de descanso, pero muy pocos. El 14 del presente mes debía entrar de nuevo en campaña, recorriendo con la rapidez de un meteoro diversas ciudades de Inglaterra, entre otras, Brighton, Birmingham, Liverpool, Manchester, Blackpool, Newcastle, Nottingham, Bradford, Sheffield, Dublin, Glasgow y Leeds.

Así veranea la famosa artista de privilegiado sistema nervioso: en tanto la Krauss está en su país, en Austria, la Judic recorre los puntos de baños, la Theo debe partir para América, Celine Chaumont para Rusia, Blanca Donadio es esperada en Barcelona para mediados de setiembre, la Patti reside en su retiro de Escocia, y todas las estrellas del teatro permanecen momentáneamente eclipsadas. Sólo para la Bernhardt no hay verano ni reposo.

Vaya para concluir un eco de Bayreuth:

Entre los filarmónicos allí reunidos por el atractivo del estreno del *Parsifal*, cuéntase el baron Rothschild de Viena, que por no ser esta la primera vez que acude á la corte del rey Wagner, conoce de sobras las extorsiones inícuas de los fondistas y otros personajes encargados de desollar al pacífico viajero.

El opulento baron esta vez se ha librado de sus garras haciendo el viaje desde Viena á Bayreuth en un wagon-salon de su propiedad, que ha convertido luégo en su alojamiento, durante su estancia en la ciudad de la música del porvenir. Colocado su wagon en un desvío de la línea, allí ha comido y dormido todos los días, y ántes de partir ha obsequiado á sus amigos con un suculento almuerzo á cargo de su cocinero.

—Sr. Barón, díjole uno de los comensales, pasmado ante la refinada comodidad de aquel palacio con ruedas, ¿sabe V. que ha tenido una idea felicísima? Desgraciadamente no somos nosotros bastante ricos para permitirnos semejantes economías.

J. R. R.

NUESTROS GRABADOS

EN EL BOSQUE, cuadro de F. Aug. Kaulbach

La mayoría de los mortales cultos hemos convenido en que durante la estación de verano es imposible, hablando á la moda, achicharrarse á domicilio. ¿A dónde ir en busca de agradable frescura? Esta pregunta no la hacen sino los tontos. ¿Se trata acaso de frío ni de calor? Se trata pura y simplemente de salir de casa, de renunciar durante un par de meses á las comodidades domésticas y correr en busca de lo desconocido, es decir, de habitaciones más incómodas, de camas más duras, de comidas más indigestas, de distracciones más monótonas, sin perjuicio del indispensable aditamento de más mosquitos, más tábanos, más hormigas, y gracias si nues-

tros buscados enemigos no traspasan ese límite de la escala animal. Las damas de nuestro cuadro lo entienden mucho mejor: se han guarecido en el bosque, es decir, se han entregado á los consejos de la naturaleza, que tiene en el bosque frondoso, contra los rayos del sol, un techo impenetrable de verdura y contra la natural pereza de la cáncula su lecho de césped que invita al plácido descanso. Bien pudieran ir otros á Vichy ó á San Sebastian, si yo tuviera á mi disposición un mes de tiempo, un bosque y un libro.

UN BESO O NO SE PASA! cuadro de Meyer

Y el rapaz es muy capaz de sostener su palabra.... ¡Vaya una actitud más resuelta, una mirada más imperativa, unos labios más burlones! Por su parte la zagaleja no parece sorprendida ni tampoco enojada; pero si bien interpretamos su sonrisa, deduciremos de ella que el precocoz mala cabeza es probable que reciba en la *idem* los cascos del cántaro. Lo cierto es que, como dijo el otro, ya no hay muchachos. ¿Se ha visto D. Juan Tenorio como ese?... Pues como el maestro de escuela ó el señor cura se enteren de sus galantes aventuras de la fuente, valientes azotazos llevará el mocoso. También es posible que la muchacha se lo cuente á sus padres, en cual caso ¡pobres orejas! De todos modos, este cuadro, además de estar preciosamente ejecutado, es una lección para muchos bobalicones que están en la creencia de que los niños de hoy se maman el dedo como los de otros tiempos.... ¡Mucho ojo!... que cuando el cántaro va demasíadas veces á la fuente, no es imposible que acabe por romperse.

ESOPO, copia de un cuadro de Velazquez

El Museo de pinturas de Madrid, que es sin disputa el primero del mundo, guarda esa joya del incomparable Velazquez. Como todas las composiciones de este pintor inmortal, se distingue su *Esopo* por la corrección de su dibujo, por el vigor de sus rasgos y por esa especial manera de dar color al lienzo que ha tenido tantos imitadores y ningun competidor. Aparte de estas condiciones que tiene el cuadro, ¿quiso realmente Velazquez reproducir en él, tal como su genio la concebía, la figura de Esopo? Así parece, pues hasta escrito se halla este nombre en la tela. Y sin embargo, esta figura dista mucho de corresponder á la idea que generalmente se tiene formada del contrahecho esclavo griego, precursor y príncipe de todos los fabulistas conocidos. No creemos, empero, que Velazquez quisiera pintar á otro Esopo, pues fuera del griego no tenemos noticia sino de un actor romano de ese nombre, bastante oscuro para que el primer pintor del mundo se ocupara de él en sus trabajos. Quizás Velazquez, con la justificada osadía de los artistas creadores, quiso romper con la tradición y pintó un Esopo no ridículo, un Esopo como él lo sentía, como él lo comprendía.... En este caso, humillémonos ante el gran maestro y digamos que si ese no es Esopo tal como fué, es Esopo tal como debía ser.

FRAY FANFULLA, busto en mármol de R. Angeletti

Fray Fanfulla es un personaje mítico inventado por Máximo de Azeglio. Pero la obra del literato italiano es tan acabada, su figura es tan saliente, que, como la de D. Quijote, adquiere para el vulgo el carácter de personaje que un día gozó de vida y salud. Fanfulla es sucesivamente y segun la ocasión, hermano dominico, bebedor consumado, diestro espadachin, *condottiero* escandaloso y patriota hasta la pared de enfrente. Un día conduce el rezo de los devotos en el templo y otro día pierde un ojo en una refriega. Blande á menudo una espada muy larga y con más frecuencia una lengua más larga aún que la espada. Su fama ha llegado incólume hasta nuestros días, y su popularidad ha asegurado el éxito de un periódico que lleva su nombre. Con tales antecedentes era bastante difícil acertar el múltiple tipo de semejante personaje; pero hay que confesar que Fray Fanfulla, más afortunado que el hidalgo manchego, ha encontrado un feliz intérprete en Rafael Angeletti.

LA ESTEPA, cuadro de T. Flesch

Llámanse estepas las inmensas llanuras, incultas y sin habitantes, de la Europa Oriental y de ciertas regiones del Asia. La estepa es el desierto africano sin límites y sin oasis, con la particularidad de que en la Siberia, por ejemplo, la nieve y el helado viento del Norte sustituyen á las abrasadas arenas y al simoun africano. Cualquiera puede figurarse cuántos horrores acompañan al infeliz condenado á cruzar estos interminables territorios, en el rigor del invierno, á pié, con escaso abrigo, peor alimento y á menudo estimulado por el látigo del cosaco. Pues esta calle de amargura han recorrido millares de infelices, muchas veces venerables ancianos y tiernas niñas, porque la suspicacia de la policía moscovita ha creído hallar, en su conducta ó influencia, motivos de desagrado para el autócrata de todas las Rusias. El autócrata, á pesar de todo, ha sido la cobertera de muchas venganzas personales y recelos de poderosos palacios. El cuadro que reproducimos da una idea bastante aproximada de la tristeza y duras condiciones de la estepa. Si á la vista de ese grabado compadecemos hasta á los caballos que tales llanuras recorren, ¿cuál será la impresión que nos cause si sustituimos á los brutos con hermanos nuestros, no siempre culpables y nunca merecedores de semejantes tormentos? La ley debe ser noble hasta en su manera de pensar; por esto es ley, por esto

es hija de la justicia, por esto hemos convenido en hacerla descender del cielo.

EL MENDIGO, por Bastien-Lepage

Acerca de los mendigos y de las causas de la mendicidad se ha escrito mucho y en todos los tonos. A la miseria, como á la fortuna, se llega por distintos caminos y no siempre es fácil averiguar si el que implora de nosotros una caridad en nombre del amor de Dios, merece nuestra compasion ó nuestro desvio. Respecto del mendigo de nuestro cuadro nos inspira benevolencia. En primer lugar es un anciano, y áun cuando no es imposible que por culpa suya haya venido á tan precaria situacion, ¿qué mayor pena, diremos con el Dante, que acordarse de los días felices cuando llegan las horas de la desdicha? Aparte de esto, su fisonomía tiene cierto atractivo, no está del todo reñido con la limpieza que, segun cierto autor, es el lujo de los pobres, y el mismo afan con que guarda la limosna que le ha sido hecha, prueba que la necesita y la agradece. Pero supongamos que no es así; demos de bueno que nuestro mendigo es un hipócrita.... Pues áun así, tengamos presente la máxima de San Agustín (y vaya de citas) *in omnibus charitas*.

EL MARTIRIO DE LA GLORIA

Novela de telon adentro

POR DON ENRIQUE PEREZ ESCRICH

CAPITULO PRIMERO

ÁNGELA

Los cómicos, como se dice en el lenguaje proverbial de bastidores, no son otra cosa que *misas de cuerpo presente*; por grande, por eminente que sea un actor, no deja más huellas en la gloriosa historia del arte, que las que deja el ave al cruzar el espacio y el pez al atravesar las aguas.

Cervantes, Quevedo, Lope de Vega, Calderon, Velazquez, Murillo, Herrera, Alonso Cano y otros hombres inmortales, legarán á las generaciones obras imperecederas que patentizan la gigantesca talla de sus genios.

Todos hablamos con admiracion al recordar á Maiquez, La Torre, Guzman, Romea, Lombardia, Arjona, Osorio, la Concepcion Rodriguez, Rita Luna, y otras muchas eminencias de la escena. ¿Porqué...? Porque sí. Al morir se llevaron su genio y sus creaciones; les tributamos frases de entusiasmo, les echamos de ménos sin que podamos decir: «Hé aquí sus obras.»

De vez en cuando, encontramos un ochenton que nos dice que tal ó cual actor ponía los cabellos de punta á los espectadores en tal ó cual drama. El porqué queda casi desvanecido entre las nieblas del pasado, se cree en el mérito de los actores muertos bajo la honrada palabra de los panegiristas vivos y se les tributan alabanzas sin otra garantía que un eco de ultratumba.

Esto es una verdadera desgracia, no sólo para los artistas que murieron, sino para los jóvenes que viven y desean, llenos de entusiasmo, seguir sus gloriosas huellas. El modelo no puede estudiarse porque no existe; falta el bulto, el cuerpo, la cosa; sólo queda el recuerdo desvanecido por el tiempo; la belleza, la inspiracion de aquellos grandes hombres, sólo ha dejado en la tierra de los vivos, las frias cenizas de sus cuerpos, encerradas en las tumbas que guardan las casas de los muertos.

Lo que no se conoce ni puede estudiarse, ni puede imitarse; el actor se lleva consigo al morir ese *quid* divino de entusiasmar al público, de arrancar lágrimas de ternura y gritos de entusiasmo; y ya lo hemos dicho, esta es una verdadera desgracia para los que viven y mueren por el arte y para el arte dramático.

La carrera del teatro, la profesion de actor, está rodeada de amarguras, de sinsabores, de espinas. El escenario es un presidio coronado de flores y laureles donde los mártires abundan. Entre bastidores se sufren amarguras que el público desconoce sentado en su butaca; de telon adentro se desarrollan dramas que harían llorar lágrimas de sangre á los espectadores que los contemplaran. Nosotros vamos á narrar la historia de una actriz, cuyo corazon se rompió en pedazos, sobre un lecho de laureles y al estruendo de los bravos, de los gritos de entusiasmo y de los aplausos.

La heroína de nuestra historia se llamaba Angela. Sería inútil que nuestros lectores buscaran su nombre en la historia del teatro; lo que le sucedió á la pobre Angela sucede con frecuencia entre bastidores; dramas ignorados de telon adentro, que como no tienen un autor que les dé forma dramática, pasan desapercibidos, sin una lágrima, sin un grito de admiracion, porque no todos los rasgos sublimes llegan á ser patrimonio del mundo y en la vida privada existen muchos mártires que no canoniza la Iglesia.

Comencemos.

Angela mostró desde su infancia una gran vocacion por el teatro

Aprendía los versos y los recitaba con una desenvoltura asombrosa. A la edad de diez años hizo *La Marcela* de Breton y la dama de *El Trovador*, de García Gutierrez.

En su diminuto cuerpo se albergaba el alma apasionada de una gran artista; su precoz imaginacion era el asombro de cuantos la conocían, sus hermosas facciones se descomponían á su voluntad expresando los afectos de su alma y sus negros ojos sabían transmitir sin explicarse el porqué, el espanto, la ternura, el odio, la altivez, la compasion.

Angela era como el pájaro que canta en las movibles copas de los árboles, como la fuente que murmura entre el follaje, como la brisa que gime entre las frondas del bosque. Sus inapreciables dones se las había concedido la naturaleza, y como el pájaro, la fuente y la brisa transmitía sus afectos sin comprenderlos.

En cuanto á la voz de Angela, era un portento atendida su corta edad. Llena, argentina, melodiosa, penetraba en el corazon de cuantos la oían aunque tuvieran empeño de cerrar la puerta. Era una voz que robaba las voluntades.

El padre de Angela pertenecía al comercio; era un hombre acomodado, probo, de reputacion intachable, y dió á su hija una brillante educacion. La música y la pintura como adorno para el presente y como un recurso para el mañana, y la partida doble por si algun día se casaba con un comerciante, de esos que rinden adoracion á la aritmética.

Así pasaba el tiempo. Angela hacia de vez en cuando alguna comedia de aficionados, siendo siempre muy aplaudida, lo cual halagaba á sus padres, sin que ni remotamente imaginaran que lo que entonces era un pasatiempo agradable podía con el tiempo convertirse en un recurso contra la miseria.

Nada más voluble que la fortuna; ella se complace en derribar torres, cuya solidez espanta y cuya altura produce vértigos; un soplo de la fortuna basta muchas veces para convertir en mendigo al potentado.

Angela cumplió diez y seis años, viviendo rodeada de comodidades y consideraciones. Una tarde se hallaba estudiando junto al piano, su madre leía junto á los cristales del balcon, cuando de pronto vieron entrar en la sala á un hombre pálido, descompuesto, con el pelo erizado, los ojos hundidos y exhalando angustiosos lamentos.

Aquel hombre era el padre de Angela, el cual se dejó caer en una butaca sollozando.

Angela y su madre corrieron sobresaltadas á colocarse á su lado.

El honrado comerciante estaba convulso; sus ojos dirigían miradas vagas en derredor suyo, sus descoloridos labios se agitaban como si pretendieran hablar y sus crispadas manos se arrancaban la corbata como si su garganta careciera de aire.

—¡Me ahogo!... ¡me muero!... ¡estoy arruinado!...

Y al decir esto, con tenebroso acento cayó en brazos de su familia como si un rayo le hubiera herido de muerte.

A los gritos desconsoladores de aquella esposa amante y aquella hija cariñosa acudieron los criados de la casa; se llamó al médico y la ciencia pronunció un fallo terrible.

La muerte extendió sus invisibles alas llenando de tétricas sombras el tranquilo hogar de Angela; la ruina hizo el vacío en derredor de aquella madre y aquella hija desoladas por la pena.

La decoracion había cambiado con la rapidez de una comedia de magia. El piso principal se convirtió en un pobre sotabanco, la felicidad dejó su sitio á la tristeza, los armoniosos acordes del piano fueron reemplazados por los gemidos de la pobreza.

Angela y su madre se vieron precisadas á trabajar para vivir, pero el trabajo de una mujer produce poco, y la miseria con su sucia y descarnada mano llamó á la puerta del pobre sotabanco de Angela.

Un día Angela acababa de cumplir diez y ocho años; su madre lloraba con la frente inclinada sobre el trabajo, los sufrimientos habían llenado de canas la cabeza de la infeliz viuda y de arrugas su semblante. Angela fijó una mirada llena de amor en aquella mártir del hogar y arrojando al suelo la tela que tenía sobre las rodillas, exclamó con resolucion:

—Basta.

La madre levantó la cabeza y miró á la hija con sus ojos enrojecidos por el trabajo y las lágrimas.

—¿Has concluido, Angela?—le preguntó.

—Sí, he concluido; no quiero ver á V. matándose día y noche por ganar un miserable jornal que no basta á cubrir nuestras pequeñas necesidades; dejo de trabajar con las manos y voy á trabajar con la inteligencia; dejo de ser una pobre costurera y voy á trasformarme en reina, en duquesa, tal vez en mendiga.

La madre se estremeció: la mirada de Angela era dura, amenazadora; sus hermosos ojos estaban secos: temió que su hija se hubiera vuelto loca.

Angela comprendió lo que pasaba por la imaginacion de su madre y dijo:

—Tranquílcese V., no estoy loca, es que dejo la aguja por el teatro: seré cómica.

La madre se echó á llorar sin saber porqué; aquellas lágrimas eran las que derraman siempre los pobres de espíritu cuando se trata de probar fortuna cambiando de posicion: la idea de lo desconocido les aterra.

Angela tenía un carácter enérgico; las súplicas, las lágrimas de su madre no la hicieron desistir de su propósito. Se vistió con su mejor ropa, vistió á su madre, demostrando un gran esmero, y luego se dirigieron las dos al Teatro español; habló con la primera actriz de la compañía, le expuso sus deseos y le leyó de un modo magistral varias escenas de una comedia que de propósito llevaba.

La actriz la escuchó verdaderamente complacida y la prometió hablar á la empresa en favor suyo.

Algunos días despues, Angela hizo su primera salida en el Teatro español representando el papel de *Doña Francisca*, en *El sí de las niñas*, de Moratin.

La nueva actriz alcanzó un éxito completo; brillante porvenir se abría ante su paso. Angela embellecida por el placer que á toda alma entusiasta causan los aplausos, recibió en su cuarto las enhorabuenas de sus admiradores con la sonrisa de la modestia en los labios y la mirada de la gratitud en los ojos.

Cuando aquella noche se retiró con su madre á su modesto sotabanco, al entrar en la sala donde tantas lágrimas había vertido, exclamó llena de gozo:

—Ah, madre mia, por fin terminó la horrible miseria que nos iba devorando poco á poco, por fin podré rodear á V. de comodidades y bienestar: Dios ha oído mis súplicas; ¡bendito sea Dios!...

La empresa ajustó á Angela por el resto de la temporada con el sueldo de tres duros diarios.

Al año siguiente vió aumentado su sueldo y siguió adelantando en su difícil carrera.

Angela tenía don de gentes, las simpatías hacia ella del público eran grandes; el cuarto de la dama joven del Teatro español durante los entreactos, estaba siempre lleno de admiradores. Los poetas adivinaron á la gran actriz y le escribieron obras para hacer brillar sus facultades y su genio. Cada obra nueva que estrenaba Angela, era un triunfo, una creacion que añadía nuevos timbres al artista; la fama cogió su nombre y lo paseó con admiracion por España.

Angela llegó muy pronto adonde codician llegar todas las damas jóvenes: á primera actriz.

Las mujeres de teatro son generalmente codiciadas por la vanidad de los ricos. Muchos se complacen en decir: «Esa mujer que admirais, que aplaudís; esa preciosidad femenina que os arrebató; esa mujer hermosa que con la misma soltura desempeña un papel de reina que de mendiga, es mi querida; su cuerpo y sus caricias son mías; me cuesta cara, pero qué importa si mi vanidad de millonario queda satisfecha.»

Angela era hermosa, elegante, distinguida; tenía una conversacion encantadora, llena de gracia, de viveza, de ingenio; los pretendientes la rodearon, la asediaron, la solicitaron, llegaron á hacerla brillantes proposiciones, pero el corazon de la actriz de moda estaba cerrado para el amor, pertenecía solamente al arte, y sin ofender á los pretendientes con su claro talento iba matando poco á poco todas sus esperanzas.

Muchas veces solía decir:

—Mis mejores amigos son aquellos que han querido ser mis amantes, porque siempre que he dicho á alguno que *no*, cuando me hablaba de amor, le he obligado que me diga que *sí* al ofrecerle mi amistad.

Su conducta irreprochable le valió el apodo de la *virtud romana del Teatro español*, pero el amor no tiene época fija ni estacion preferente; cuando se le antoja llama muy quedito á las puertas del corazon y le dice con voz melodiosa: «abre tu puerta y permíteme que me apodere del santuario de tu alma.»

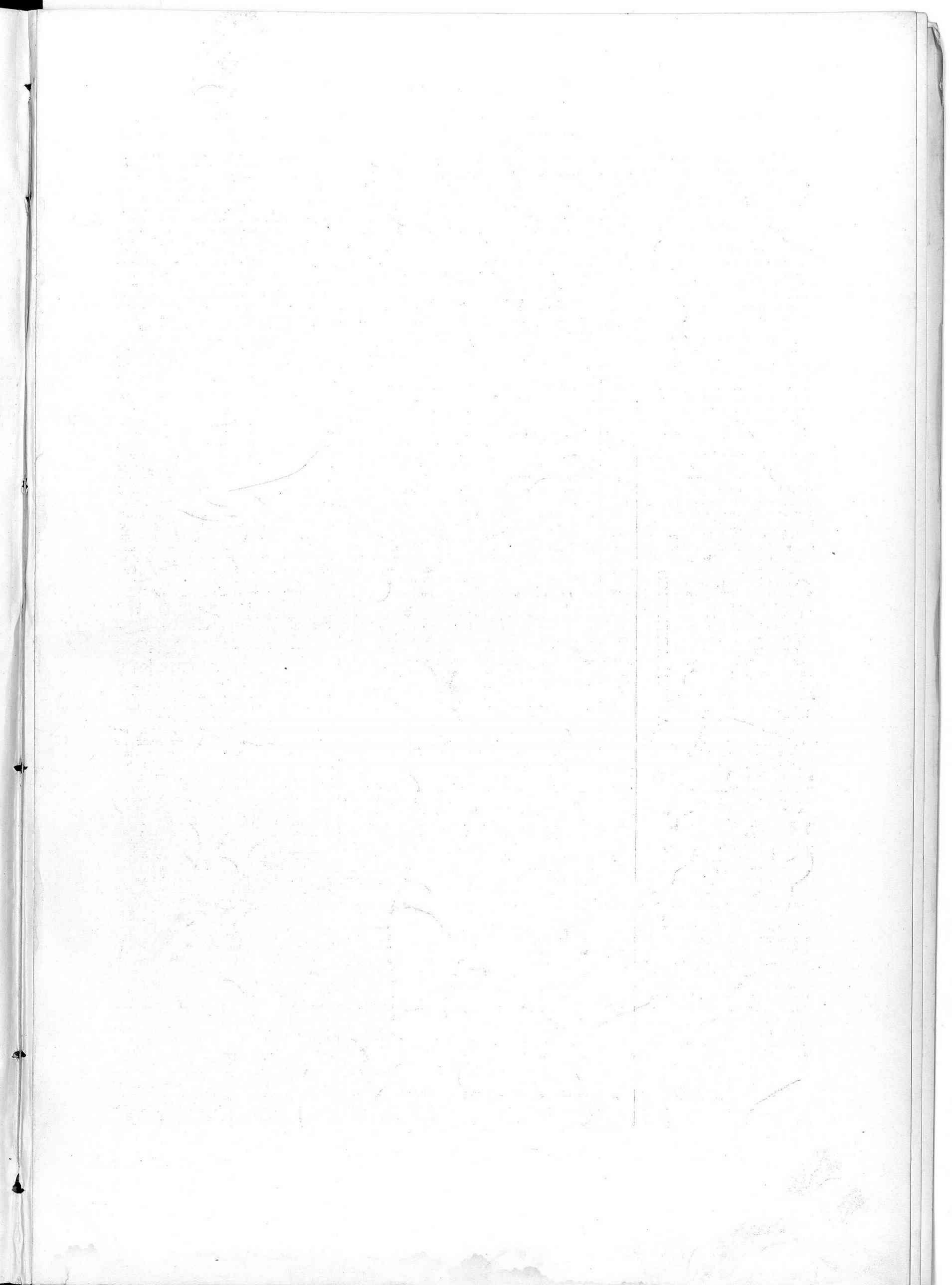
Esto precisamente sucedió á Angela; á los veintitres años el amor llamó á las puertas de su corazon y algunas semanas despues la actriz se casaba con el segundo galan de la compañía; un cómico mediano, pero hombre de bien y arrogante figura.

Angela hubiera podido casarse con un rico y se casó con un pobre, hizo lo que hacen en este pícaro mundo muchas mujeres, pero aquel pobre había tenido la habilidad de conmover su alma, y cuando el alma de una mujer se conmueve no es por cierto la aritmética la ciencia que está encargada de tranquilizarla, porque los números y el amor son dos enemigos irreconciliables.

(Continuará)



¡UN BESO O NO SE PASA! copia de un cuadro de Meyer





EL MENDIGO, (COPIA DE UN CUADRO DE BASTIEN-LEPAGE)

(Continúa en el verso de la página anterior)



ESOPPO, cuadro de Velazquez

COSTUMBRES DEL SIGLO XVII

LA GUARDIA AMARILLA

Curiosidad muy natural despierta hoy el conocimiento de los usos y costumbres pertenecientes á pasados tiempos, y la de no pocos se dirige con especialidad á los siglos en que tanto brilló nuestra patria, por más que su grandeza fuese ya decayendo precisamente en el que tuvo más fausto y aparente oropel, en el XVII quiero decir.

Poco hace, con ocasion de los festejos que la córte dedicó á solemnizar la memoria de uno de los más brillantes astros que iluminaron el reinado de Felipe IV, se desplegó un especial cuidado en presentar con propiedad, cuanto atañía á su tiempo, y no llamaron poco la atención los soldados de la bizarra y privilegiada *Guardia amarilla*.

En efecto, estos soldados, más cortesanos que guerreros, á causa de que los nietos de Carlos V habian trocado la loriga y borgoñota del debelador de Túnez, por los aterciopelados jubones y los sombreros con trencillos de pedrería, eran los que constantemente acompañaban á las personas reales en toda clase de fiestas y solemnidades, desde los toros de la Plaza Mayor y mascaradas nocturnas del Buen Retiro, hasta las juras y coronaciones de príncipes.

Desde tiempos remotos era usanza de los reyes de Castilla tener para guarda y decoro de su persona una particular milicia, que en un principio era lo que se llamaba *Escuderos del rey*.

Estos fueron origen de las famosas guardias *Española*, *Alemana* y de *Archeros*, que hasta los primeros reinados de la casa de Austria, puede decirse que no tuvieron particular organizacion, ni recibieron los nombres que conservaron por mucho tiempo.

La *Guardia española* era la más antigua, y entre todas preeminente, y estaba dividida desde un principio en *Guardia amarilla* y *Guardia de á caballo*.

Ambas estaban á las órdenes de un capitán y un teniente, cargos que desempeñaban siempre sujetos de la más elevada alcurnia.

La *Guardia amarilla* tenia además un alférez, sargento, furrier, cuatro cabos de escuadra, noventa y seis soldados, dos pífanos, dos tambores y un capellan.

La *Guardia de á caballo* constaba de dos cabos, un furriel, un trompeta, cuarenta y cuatro plazas, un capellan mayor, sillero y herrador.

El arma que usaban los de á pié era una cuchilla grande enastada, á la que daban el nombre de *aguja*, denominándola tambien *alabarda*, de donde á tales soldados vino el nombre de *alabarderos*.

Los de á caballo tenían lanza y como arma defensiva la adarga, montando á la *jineta*; esto era en lo antiguo, pero despues se les dió lanza solo y silla *bridona* con pistoletes.

Sabido es que entónces las dos escuelas de equitacion eran la *jineta* y la *brida*, y aunque esta segunda llegó á desterrar casi la primera, no faltaba quien se doliese de ello (1), porque la *jineta* era más importante para el uso y ejercicio militar, pues en ella, con ménos armas, andaba el caballo más ligero y el caballero más aliviado.

Pero los que eran entendidos en equitacion tenían á gala ser diestros en *entrambas sillas*, ó como tambien se decia, en *hacer mal á caballos* (2).

La *Guardia de Archeros* fué traída á España por Felipe I el Hermoso en 1496, y tenia por principal objeto acompañar al monarca á pié, cuando salía á misa en público ó iba á las procesiones, y formaba detrás de su persona. Tambien le acompañaban en sus viajes, pero entónces iban á caballo y para ello estaban obligados á tener montura.

A pesar de existir ya las dos guardias *Española* y de *Archeros* para las reales personas, cuando Carlos V vino á Castilla en 1519 trajo consigo otra nueva que se denominó *Guardia alemana*, cuyos soldados eran por lo general tudescos, así como los archeros borgoñones ó flamencos, pues la conservaban los reyes de Castilla como cosa propia de su condado de Flándes.

El emperador estableció tambien la *Guardia vieja*, así llamada, á pesar de ser la última que se formó, porque constituía una especie de reserva para los soldados de la *Guardia española*, amarilla ó de á caballo, que se inutilizaban para un trabajo activo, pues estaba destinada únicamente al servi-

cio de las infantas y eso nada más de día y dentro de palacio.

Todas las tres guardias, Española, Alemana y de Archeros, vestian trajes de unos mismos colores, aunque de diferente forma cada una, pues los llevaban á la usanza de su país.

En esto del uniforme se distinguian de los soldados de los tercios, que ni vestian de igual manera, ni siquiera gastaban armas idénticas, sino que cada cual tomaba el traje que mejor le parecia y se armaba á su gusto, *porque seria quitarles el ánimo y brío que es necesario que tenga la gente de guerra*.

El traje de la *Guardia amarilla*, como indica su nombre, que debió al vulgo, era principalmente de aquel color, teniendo tambien rojo y blanco. Así decia Lope de Vega, describiendo la entrada en Madrid de Isabel de Borbon, entónces princesa:

Los bizarros españoles
Y los gallardos tudescos,
Llevaban, sobre amarillo,
Blanco y rojo terciopelo (3)

Otro festivo escritor, aludiendo al color amarillo, principal en su traje, y tambien á los porrazos que sin miramiento solian dar al vulgo con las astas de las alabardas, para abrir paso cuando acompañaban al rey, decia:

Si con los palos hieren,
Curan con los vestidos,
Que son de trementina
Y de unguento amarillo (4)

Componia su vestido un jubon, ya entónces llamado *casaca*, de paño amarillo guarnecido con una franja de terciopelo, con *escaques* ó cuadros de ajedrez, rojos y blancos, por lo que el festivo Quevedo les llamó tambien *soldados ajedreces*.

Usaban en un principio calzas *atacadas*, ó sea hasta la cintura, tambien de color amarillo, con tres cuchilladas en los gregüescos, de color rojo. Cuando andando el tiempo los gregüescos y calzas atacadas quedaron en olvido, sustituyéndolas los *valones*, *medias* y *calzas*, adoptáronlas tambien los de la *Guardia amarilla*, pero siempre de este color.

Y aquí debo notar la impropiedad con que en el centenario de Calderon se vistió á los que representaban la *Guardia amarilla* con medias calzas rojas, sin duda por no andar muy al corriente de su vestido, á la verdad poco arreglado al que aquella usó.

Que las calzas eran de color amarillo lo justifican, no sólo el citado pasaje de Benavente, sino varios de otros escritores (5).

Los soldados de las tres Guardias iban vestidos de amarillo, con rojo y blanco, no porque sus trajes iguales fuesen uniforme militar, pues ya he dicho que entónces era aquel desconocido en el ejército y sus tercios, sino como criados del Rey, que usaban *su librea*, que era de aquellos colores. Este hecho lo demuestran estos versos de Lope:

Salía por donde suele
El Sol, muy galan y rico,
Con la librea del Rey,
Colorado y amarillo (6)

(3) *Al pasar del arroyo*. Act. II. esc. I.

(4) Luis Quiñones de Benavente, entremés de *Las Dueñas*.

(5) Por ejemplo, Lope en su *Dorotea*. Hay en ella un pasaje en que el indiano don Bela, pretendiente de Dorotea, lleva á casa de ésta medias de varios colores, para ofrecerle, así como á las que la rodeaban y se entabla este diálogo:

DON BELA. Muestra esas medias, Laurencio. Estos son algunos pares, porque no me dijo la color Gerarda que priva más con vuestro gusto.
DOROTEA. Estas de *nácar* son excelentes.
CÉLIA. Estas *blancas* son muy lindas.
GERARDA. No para damas que las hacen piernas de difunto.
DOROTEA. Estas *moradas* pudiérais excusar.
GERARDA. Buenas son para un obispo.
DOROTEA. ¿Y estas *doradas*, tía?
CÉLIA. Para un soldado de la guarda.

El mismo Lope describió en un soneto festivo el hecho de haber desbaratado un toro, en una corrida, á la *Guardia* que se colocaba debajo del balcon real, y aludiendo al miedo que pasaron los soldados y al contento que con ello tuvo el vulgo, que miraba de reojo á la guardia, por los palos que de ella recibía, dijo:

Tú solo al vulgo misero vengaste
De tanto palo, y con tu media esfera
La tudasca nacion atropellaste,
Pues, desgarrando tanta calza y cuera,
Tantas, con el temor, calzas dejaste
Tan amarillas dentro como fuera.

Prueba tambien que la *Guardia* iba toda vestida de amarillo, otro pasaje de la comedia de Moreto *Rey valiente y justiciero*, donde al querer Don Tello irse de palacio, le dice su criado:

PEREGIL. Déjalo para otro día,
Que ahora no querrá la *Guardia*
DON TELLO. ¿Qué *Guardia*?
PEREGIL. ¿Qué? La *Amarilla*,
Que tiemblo della.
DON TELLO. ¿Porqué?
PEREGIL. Yo la tengo antipatia,
Porque es del color del miedo.
(Jor. II. esc. VII.)

(6) *La dama boba*. Act. I. esc. VII.

Y que el traje de aquellos colores lo daba el Rey á sus Guardias con condicion de *librea*, consta textualmente de las *Ordenanzas* que en el año 1561 les dictó Felipe II, siendo capitán de las españolas D. Gomez de Figueroa, conde y despues primer duque de Féria.

La ordenanza duodécima dice así: «Que todos traigan la *librea* que S. M. les diere, y que hasta despues de seis meses dada no sea del soldado.»

En la descripción que hizo el maestro Juan Lopez de Hoyos (preceptor de Cervantes) de la entrada en Madrid de Ana de Austria, mujer de Felipe II, se menciona precisamente á las diversas guardias, yendo aquel día regidas las Españolas por su capitán, el mencionado duque de Féria, y en su van-guardia el marqués de Villalva, primogénito del duque, mandando la de Archeros, su capitán Monseñor de Sela, yendo todos ellos *muy lucidamente aderezados con la librea de S. M.*

De estos mismos colores que constituian la *librea ordinaria*, vestian todos los criados del Rey, incluso los que servian la caballeriza, cada uno segun su jerarquía, y así salieron vestidos acompañando á Felipe IV en 7 de octubre de 1640 en una de sus jornadas de Aragon, con motivo de la guerra con Francia y Cataluña (7).

De aquí puede inferirse que los colores que hoy sirven para representar la bandera nacional, se tomaron de los particulares de la casa de Austria, dado que en aquel tiempo el Rey era la encarnacion de la monarquía.

El color rojo era el emblemático de la Castellana, bien así como el blanco simbolizaba la francesa, y aun dice ser de ese matiz su bandera, el partido que en la política de aquella nacion sostiene la dinastía, que se da el dictado de legítima.

Refiriéndose á los colores representativos de una y otra nacion, dijo Lope de Vega:

Verás tanto paje hermoso
Que el pecho tierno atraviesa
Con banda blanca francesa,
Opuesta al rojo español,
Ir, como rayos del sol,
Por esa arboleda espesa (8).

En la proclamacion de Carlos II, el duque de Medina de las Torres, primer regidor de Madrid, que hacia las veces de Alférez mayor del reino, por muerte del conde de Chinchon, tremoló el pendon real, ó como hoy diríamos, nacional, que era el *damasco carmesí* (9), redondo, con las armas de Castilla y Leon, que son las de España, pues el escudo con varios cuarteles de Austria, Borgoña, Flándes, Tirol y otros, es el de la familia real, que ha variado con el trascurso del tiempo, segun los enlaces, y así desde que ocupó el trono Felipe V, se agregó el escuson del centro, que era el de la casa de Anjou, segundogénita de la familia de Borbon, y en tiempo de Carlos III se añadieron los dos cuarteles de Parma y Módena.

En las exequias de Felipe III, entre varios trofeos, habia dos banderas blancas, rojas y gualdadas (amarillas) colores de S. M. (10).

Estos datos prueban á mi ver, con bastante claridad, que el antiguo pendon castellano, si tenia color fijo, debia ser rojo ó *gules*, y no morado como algunos dicen, y que siendo aquel y el amarillo los característicos del Rey, se ponian en sus banderas, que eran las de la nacion, porque en aquellas monarquías, como dicen que dijo el otro soberano, el Rey era el Estado.

Por lo que hace á las Guardias, cuyo traje ha traído esta breve digresion, diré que disfrutaban notables privilegios. Desde luégo gozaban del fuero del *Bureo* ó sea el del juzgado que conocia de las causas instruidas contra los empleados de la casa real.

Esto dió lugar en ocasiones á graves altercados entre la jurisdiccion ordinaria y la privilegiada, como aconteció en 1607, en ocasion de celebrarse una fiesta de toros en la plaza Mayor de Madrid, por haber dado un palo con la alabarda uno de los soldados, á un alguacil de corte. El capitán de la guardia, marqués de Camarasa, hizo prender al soldado, reclamóle el Consejo, y habiéndose negado el marqués á entregarle, le prendieron los alcaldes, llegando á embargarle su caballeriza para pago de costas, hasta que interviniendo el Rey, púsose en libertad al de Camarasa con desembargo de bienes, y entregóse el guardia á la jurisdiccion del *Bureo*.

Otros envidiables privilegios disfrutaban los guardias, en especial los de la *Vieja*, tales como no poder ser ejecutados en sus armas, caballos y vesti-

(7) Bib. Nac. M. S. V. 48.

(8) Feliciano en *El villano en su rincón*. Act. I. esc. VII.

(9) Bib. Nac. M. S.—H. 94.

(10) Id. id. M. S.—X. 157.

(1) Palestra particular de los ejercicios del caballo, por D. Antonio Dávila y Heredia. Valencia 1674.

(2) El padre Mariana dice que el rey católico D. Fernando *hacia mal á un caballo con mucha destreza* (Hist. gen. Lib. XXV, cap. 18.) Doña Luisa Maria de Padilla, Manrique y Acuña, en su libro *Idea de nobles*, hablando de la destreza en la equitacion de cierto personaje escribia que *tuvo gran gallardia y gentileza en saberlos hacer mal*. Castillo Solorzano dijo tambien de otro caballero «que en lo que más se ejercitaba era en *hacer mal á caballos*, teniendo cuatro.» *La Garduña de Sevilla*.

dos, ni en las de sus mujeres: estar exentos de leyes suntuarias y libres de las gabelas de alojamientos, con sus consecuencias de dar paja, cebada, cribas de trigo, carros, camas, gallinas, ni otros repartimientos.

Uno de los cargos que las Guardias española y alemana tenían, según queda indicado, era el de hacer el despejo de la multitud en las fiestas de toros y cañas.

En esta operación lucía, como dice un escritor (1), «el aire y gala con arrogante bizarría de la española nación, lo grave y majestuoso de la tropa alemana y lo riguroso y colérico de la nación tedesca.»

Los de ésta, en efecto, tenían fama, á la par que por su afición al zumo de las uvas, por su propensión á echar votos y juramentos.

Burlándose de estas cualidades, decía Calderon en su entremés de *Las Carnestolendas*, por boca del gracioso:

Agora sale un flinflon,
O tudesco de la Guardia,
Hablando mucho y aprisa
Y sin pronunciar palabra
Con su tizona en la cinta
Y en el jarro la colada,
Dice, echando treinta votos
Como quien no dice nada, etc.

Tampoco picaban de ágiles ni andariegos, pero sí de impasibles y de no moverse de donde se ponían, y así decía otro entremesista, Benavente, refiriéndose á la escasa diligencia de los escuderos de damas, cargados de alifafes:

Ningun escudero hay
Que no jure de tudesco,
Ni ha picado en postear (2)

Y lo confirma Calderon, cuando en *Bien venidas, mal....* dice Inés:

De aquí no me he de quitar,
Como tudesco he de estar,
Resistiendo hielo y fuego.
(Jor. I. esc. xv.)

También Lope alude á tal propiedad de los tudescos, cuando hablando de la calidad de las mujeres, dice que hay

Unas mudables, por andar más frescas,
Y otras firmes de amor, como tudescas (3)

Por eso en las fiestas de toros, colocados debajo del balcon de los reyes, á pié firme, sin valla ni resguardo, cuando la fiera les acometía, le oponían en apretado haz los hierros de sus alabardas, sin que esto impidiera alguna vez que el bruto los hiciera rodar por tierra, como el que celebró Lope en el soneto ya citado.

Pasando los tiempos, tuvieron, como todo, sus vicisitudes estas Guardias, cuya época de mayor florecimiento fué el período de casi dos siglos, en que permaneció en el trono la rama de Austria, que se ingirió en el trono de Castilla con el flamenco Felipe I el Hermoso.

JULIO MONREAL

NOTICIAS GEOGRAFICAS

El canal de Suez, que tantos beneficios reporta á la navegacion, siendo uno de ellos el de evitar un rodeo de mil leguas cuando ménos, si se compara la ruta del Cabo de Buena Esperanza con la del istmo, tiene también sus detractores y enemigos, entre los cuales figuran los mismos egipcios.

A pesar de ser una especie de baluarte para el país entero y de haber contribuido á desarrollar su comercio,

(1) Francisco Santos, en su *Día y noche de Madrid*.
(2) Entremés de *El Amor al uso*.
(3) *Las bizarrías de Belisa*. Act. I. esc. VII.



FRAY FANFULLA, busto en mármol de R. Angeletti

los egipcios lo consideran como una calamidad, por la repugnancia que á los fanáticos mahometanos les inspira el mayor contacto con los europeos debido á dicho canal. Los sacerdotes musulmicos rechazan unánimes el vapor, el comercio y hasta las ideas extrañas á la civilización mahometana. En cuanto á los hombres políticos del país, puede decirse que tampoco miran con buenos ojos tan útil canal, los unos por miedo de que se descuide y mengüe su religion, los otros por creer comprometida la existencia de los vireyes y cambiada la constitucion política á causa de las importantes innovaciones del regenerado Egipto. No es pues de extrañar que las naciones europeas tomen toda clase de precauciones para impedir que pueda llegar á interrumpirse el libre tránsito por el canal.

**

Puede darse por terminada la desecacion de la parte sur del golfo de Zuyderzée. En la actualidad se está construyendo en el límite de la parte desecada un estanque de retencion, abierto en la arena y revestido de cemento para evitar las filtraciones. El nivel de este estanque, que tendrá 39 kilómetros de longitud, estará á 2",10 sobre el de las mayores mareas del golfo, y los trabajos necesarios para construir dicho estanque durarán de siete á diez años.

NOTICIAS VARIAS

Segun vemos en los periódicos extranjeros, Wagner ha vendido la partitura del *Parsifal* á la casa Schöt de Maguncia, por la cantidad de 190,000 marcos (unas 237,500 pesetas), que esta casa le ha pagado en el acto, advirtiendo que el célebre maestro sólo ha cedido, en virtud de esta venta, el derecho de publicar el *partito* y sus reducciones para piano.

**

Hace poco tiempo, un constructor badense ha dado

un banquete muy singular para celebrar la terminacion de una caldera enorme. Esta caldera, destinada á una máquina de agotamiento de una mina, es de las mayores que se han construido y gracias á sus dimensiones se ha podido celebrar un banquete dentro de ella. Al efecto se puso en su interior un tablado, una mesa, á la cual pudieron sentarse treinta personas, y además aparadores con vinos y vajilla á uno y otro lado de ésta. La caldera estaba profusamente alumbrada; pronunciáronse muchos brindis, y la voz tenía una resonancia extraordinaria en aquel sonoro recinto.

Lo peor del caso fué que no todos los convidados pudieron llegar hasta la mesa del festin por una circunstancia que no se previó. La única abertura de la caldera es el agujero conocido de todos los mecánicos con el nombre de *trou d'homme* por el cual baja de vez en cuando un obrero para limpiarla. Los comensales debían penetrar por aquella abertura, pero como sólo tenía las dimensiones ordinarias, y por consiguiente era muy estrecha, los que eran de alguna corpulencia no pudieron pasar por ella y hubieron de asistir al banquete *sobre* y no *dentro* de la caldera.

CRONICA CIENTIFICA

LA INMORTALIDAD DEL SOL

I

El sol era un enfermo gravísimo.

Desahuciado le tenían astrónomos, físicos y filósofos.

El pronóstico de su muerte era seguro y sólo diferían unos de otros doctores en la fecha de la catástrofe planetaria.

Hasta las manchas que de continuo empañan su faz augusta eran á los ojos del vulgo como las cárdenas sombras de un rostro que agoniza.

No había esperanza, ó si alguna quedaba, era la que, á la humana resignacion, inspira en esos casos tales el convencimiento que tiene de la fatal sentencia que sobre todo sér vivo pesa desde que nace: «el sol se apagará, decíamos todos; pero cuando el día de la eterna sombra llegue para los espacios planetarios, muchos siglos de sombra eterna llevará este misterioso sol que hoy arde en mi cerebro. Y despues de mí, venga el negro diluvio de tinieblas, murmuraba, allá en las profundidades de nuestro sér, el egoísmo.»

Los ménos pesimistas buscaban paliativos para ir prolongando la existencia del gran doliente de las esferas, y creían ganar tiempo, algunos centenares de siglos tal vez, con propinarle á grandes dosis el uso de esas piladoras del espacio á que llamamos aerolitos, bólidos y piedras meteóricas.

Pero todos convenían en que la extincion de su fuego y de su luz, que es su vida, y que es nuestra vida también, porque es nuestro calor y nuestra luz, era de todo punto inevitable.

Pero hé aquí que un nuevo doctor, el eminente físico Siemens, cuyo nombre se encuentra á cada paso al estudiar los grandes inventos modernos, acude con un nuevo pronóstico de todo en todo opuesto á los sombríos pronósticos de sus comprofesores, y declara al sol sano y salvo, y le asegura la más brillante inmortalidad.

En suma, y dando de mano á toda clase de metáforas, digamos en términos sencillos, que hasta hoy se había creído que en tiempos más ó ménos lejanos el sol se apagaría, y que el profesor Siemens descubre un gérmen perenne é inagotable de luz y de calor en el gran astro, centro de nuestro sistema.

Tan generalizada corria la creencia de que era lógica é inevitable la extincion de la luz y del calor solar, que hasta por singular y extraño era tenido el que ya no se notasen síntomas ciertos de muerte en el gran foco, y se buscaban hipótesis más ó ménos ingeniosas para explicar la persistencia de su vida planetaria.

Y en efecto, gasta el sol desde hace millones y millo-

nes de años cantidades inmensas de calor, y no por eso su temperatura descende, sensiblemente al menos. Sólo en un año manda en todas direcciones calor bastante para fundir una capa de hielo que por completo lo recubriese con espesor enorme de 1,500 leguas, y de toda esta cantidad de potencia calorífica apenas recogen los planetas un insignificante resto que para la tierra está representado por la mínima fracción $\frac{1}{2.250,000,000}$. Todo

lo demás huye por el espacio en forma de radiación luminosa y de radiación térmica, y se pierde, al parecer, para siempre, en las negras profundidades de las regiones infinitas.

El célebre Helmholtz, para explicar cómo esta enorme pérdida tenía por el momento compensación aparente, suponía una constante contracción en la gigantesca masa; contracción, ó sea aproximación de unas moléculas á otras, que había de traducirse por cantidades también enormes de calor desarrollado; pero tal teoría supone una disminución de volumen que ya debiera ser perceptible y que, sin embargo, ningún astrónomo ha percibido jamás.

Una variante de la teoría anterior, pero tan impotente como ella, porque choca, digámoslo así, contra límites finitos, es la que explica el calor y la luz del sol por las reacciones químicas que en el seno del gran astro se desarrollan. Que se desarrollan es evidente; pero que han de llegar á un término esas reacciones, como á un término llega el carbon de cualquier chimenea si no se renueva de continuo el que en forma de ácido carbónico ó de óxido de carbono sacia su afección por el oxígeno del aire, es evidente también; y reacciones químicas, ya cumplidas y satisfechas, agotaron sus energías latentes y no son ya gérmenes ni de luz, ni de calor.

Meyer y Thomson acudieron á otro sistema, suponiendo que una lluvia continua de asteroides bombardeaba el globo solar, y que su luz y su calor eran el preciso resultado de estos repetidos y violentísimos choques. Aceptable la nueva hipótesis ante los principios de la termodinámica, porque al fin y al cabo todo choque engendra calor y puede engendrar luz, no lo era ante la realidad por una razón análoga, aunque contraria á la

que inutiliza la primera de las tres hipótesis que hemos examinado. No puede contraerse el globo solar, decíamos, porque notariase al fin de algunos siglos su disminución de volumen; pero tampoco puede aumentar en la proporción que se supone, y que es necesaria dada la nueva teoría, porque su aumento de masa introduciría perturbaciones en los movimientos de los planetas, perturbaciones que jamás se han observado.

Otra cuarta suposición hizo Thompson para explicar ese misterio de un foco de luz y de calor que constantemente pierde cantidades inmensas y que, sin embargo, luce y arde tan ardiente y tan esplendoroso como el primer día. Supone el físico inglés, á que nos referimos, que el interior del sol es una gigantesca esfera líquida, á temperatura elevadísima, que constantemente presta calor á su envolvente gaseosa, manteniéndola, á expensas del calor que existe acumulado en su masa interna, á una temperatura poco más ó menos invariable. Es el sol, según esta teoría, algo como un colosal calorífero: allá en su centro está el depósito: se consume éste y al fin concluirá por apagarse, pero entre tanto se conserva con apariencias de perpetuidad.

Vemos en esta última hipótesis, que ya no se trata de salvar al sol de un fin desastroso, sino de explicar cómo se acerca su muerte sin que nadie lo note, y cómo hasta el último momento, cuando su vida está agotada, conserva apariencias de luz y de calor en su envolvente gaseosa.

Agotada la consulta de todos estos doctores vengamos al nuevo y consolador pronóstico del doctor Siemens.

Este parte de tres principios comprobados por la experiencia ó tomados de la experiencia misma.

1.º El espacio planetario no está vacío ó cuando más ocupado por materia etérea.

Entre el sol y sus planetas, entre unos planetas y otros, más allá de nuestro sistema solar, por el espacio infinito, se extiende una atmósfera extraordinariamente tenue, algo parecido al cuarto estado de la materia de Mr. Crookes; y esta atmósfera se compone de oxígeno, hidrógeno, ázoe y carbono constituyendo principalmente ácido carbónico y vapor de agua.

¿Qué razones hay para aceptar semejante hipótesis?

¿qué hechos nos demuestran la existencia del vapor de agua y del ácido carbónico en los espacios celestes?

Dos principales: en primer lugar, y al decir de ciertos experimentadores, el análisis espectral. Y á más de esto, el hecho notabilísimo de que los aerolitos, esas piedras que de cuando en cuando nos manda el espacio, vienen de allá impregnadas de dichos gases; de tal suerte que muchos bolidos contienen entre sus poros seis veces su volumen de oxígeno, hidrógeno, carbono y ázoe á la presión atmosférica.

Al pasar por la nuestra no han podido condensar en su masa volumen tan considerable, luego del espacio venían con él, y debemos considerarlos como verdaderas esponjas planetarias, que lentamente se fueron empapando, por decirlo así, de los gases que en las regiones interplanetarias se extienden, y que á la nuestra nos han traído un *specimen* de aquellas sutilísimas atmósferas.

Ya tenemos para el sol almacen infinito donde tomar materias combustibles.

2.º La fuerza centrífuga en el ecuador solar es enorme: es infinitamente menor en las regiones polares y de aquí una tendencia en la atmósfera solar á irse desde sus polos á su ecuador; efectos mecánicos que en todas sus partes no podemos puntualizar porque se rozan con altas cuestiones de Dinámica, pero que el sentido comun en cierto modo comprende ó adivina. Y hé aquí el segundo punto de apoyo de la nueva teoría.

3.º Las radiaciones luminosas y caloríficas pueden descomponer, *disociar*, según la teoría del eminente químico Henri Sainte-Claire Deville, el vapor de agua y otros compuestos, cuando la presión es mínima. Hé aquí el tercer principio de los tres que anunciamos, y éste sí que tiene verdadero carácter experimental.

Con ellos vamos á ver cómo la luz del sol y el calor del soberbio foco son eternos, y cómo puede ser eterna la humanidad.

Pero tamañas empresas exigen calma y pulso, y no son para tratadas de repente: dejemos pues la explicación de la nueva teoría para el próximo artículo.

JOSÉ ECHEGARAY



LA ESTEPA, cuadro de T. Flesch